

tan deshonrosa para la Inglaterra como la homicida prision de Santa Elena.

Por una rara casualidad, los dos buques que trasportaron á Carlos X y á su familia, pertenecian á M. Patterson, cuñado de Gerónimo Bonaparte.

### CAPÍTULO XLVIII.

**H**UGO CAPETO fundó la dinastía de los grandes vasallos, Francisco I la de los grandes señores, Luis XIV la de los aristócratas, Luis Felipe la de los grandes propietarios.

Es curioso contemplar cómo esta monarquía, creada por el paisanage y por los banqueros, causó tan poca turbacion en los negocios comerciales. El 24 de Julio, tres dias antes de la revolucion, la renta estaba á 105,15; y el 12 de Agosto, tres dias despues de la instalacion de la monarquía, estaba á 104,40.

La monarquía de derecho divino, al desplomarse, solo produjo una baja de 75 céntimos,

Pero este movimiento gigantesco calmado tan pronto en el interior, causó una conmocion terrible en el estrangero.

El soberano cuya adhesion preocupaba mas á Luis Felipe era el emperador de Rusia.

En efecto, el emperador de Rusia, pronto á firmar un tra-

tado con la rama primogénita en que nos cedia las fronteras del Rhin con la condicion de que le dejáramos posesionarse de Constantinopla, perdía con el advenimiento de Luis Felipe al trono, aquella presa tan deseada desde hacia mas de ciento cincuenta años por los Czares ó emperatrices que le habian antecedido.

Así es que el primer enviado extraordinario que se nombró, fué M. Athalin, encargado de presentar al Czar una carta que se halla testual en nuestras notas justificativas, (1)

M. Athalin encontró al emperadar de Rusia muy irritado; y es que no solo, como ya hemos dicho, perdía con el advenimiento al trono de Luis Felipe su sueño bizantino, sino que conocía tambien, que á pesar de la compresion que trataría de ejercer Luis Felipe, se creaba al Oeste del globo una máquina de libertad poderosa que rápida como el vapor llegaría á invadir sus estados.

Así es, que sin embargo del tono de la carta de Luis Felipe, el emperador recibió mas que friamente á M. Athalin, y el 18 de Setiembre, le entregó en respuesta esta carta ambigua que hacía aun mas insolente el no usar en ella de la calificacion de hermano, dada á Nicolás por Luis Felipe. (2)

La respuesta era bien seca ¿pero que le importaba al nuevo rey? Lo que este quería era la paz, la paz á cualquier precio; y esta se la prometía la Rusia con tal de que fuesen respetados los tratados de 1815. Era todo lo que necesitaba Luis Felipe, que no habia tenido nunca intenciones de atacarlos.

Despues de la Rusia, la potencia que inquietaba mas á Luis Felipe era el Austria; pero el Austria, fijas las miradas en las invasiones de la Prusia, por una parte, y en su volcán

[1] Véanse las notas justificativas, número 10.

[2] Véanse las notas justificativas, número 11.

milanes por otra, pronto siempre á lanzar sus llamas, nos tenia aun mas miedo á nosotros que nosotros á ella.

Por lo mismo, apenas supo Francisco II la llegada del general Belliard encargado de una carta del nuevo rey, que se apresuró á concederle una audiencia, y que aun adelantándose á sus deseos:

—Reconozco á vuestro rey Luis Felipe—le dijo. Tarea difícil es la que se ha impuesto ¡permítame el cielo que logre desempeñarla bien! Decidle que envíe pronto á su embajador.

La Inglaterra no inquietaba absolutamente al elegido de Julio. Herida por los tratados de la rama primogénita con la Rusia, herida por la campaña de Arjel, conocía que nada igual podia temer de un rey (que segun habia dicho él mismo) era Francés de nombre, pero inglés de corazón.(1)

No se engañó en su esperanza: Carlos X, el duque de Angulema, y el duque de Burdeos fueron recibidos en Inglaterra como simples particulares: y mientras se dirijian tristemente á Holly—Rood en medio de claras señales de desprecio, y aun de odio del pueblo inglés, el General Baudrad acogido con entusiasmo, entregaba dos cartas, una al rey Guillermo y otra al lord Wellington recibiendo de ambas potencias una respuesta no solo favorable sino afectuosa.

La Prusia por su parte, habia visto como el Austria, con algun terror la alianza de la rama primogénita con la Rusia.

[1] *Recuérdese la carta de Luis Felipe al obispo de Landoff, acerca de la muerte del duque Anjou: en esa carta se halla esta frase:*

*“He abandonado mi patria tan jóven, que apenas tengo las costumbres de un Francés, y puedo decir con verdad, que soy afecto á la Inglaterra no solo por reconocimiento, sino tambien por gusto y por inclinacion.*

Esta alianza nos valia el lado izquierdo del Rhin, y lo que ella debia recibir en cambio no era un pago suficiente. El advenimiento al trono del duque de Orleans acababa con todos estos temores. En consecuencia el gabinete de Berlin sin manifestar simpatías, ofreció no ser hostil y decidió que dejaría al volcan *consumirse á sí mismo.*

Quedaba aun la España: porque no merecen mencionarse pequeñas potencias como Saxe, Suecia, Baviera, Portugal, Cerdeña y Wurtemberg.

Lo mismo que á *sus demas hermanos*, Luis Felipe habia escrito á Fernando VII una carta de las mas conciliadoras; pero por toda respuesta, este, permitió se publicase en su nombre un manifiesto muy poco respetuoso al nuevo trono.

Los refugiados españoles creyeron el momento favorable. Reuniéronse, formaron su comité y nombraron á MM. Marchais, Dupont y Loève Veymars para que se presentasen en el Palacio Real y solicitasen del rey una intervencion en España.

Ya se habia tratado de esta intervencion en el consejo. La mayoría de los ministros y aun M. Guizot mismo la habian apoyado, pero el mariscal Sebastiani se habia opuesto enérgicamente; y como Luis Felipe nada temia entonces mas que una guerra, se habia unido á M. Sebastiani.

Los delegados del comité español ignoraban esta decision, y se presentaron llenos de esperanza. Ofrecian al duque de Orleans, si se lograba que con su intervencion triunfase la causa liberal en Europa, dar al duque de Nemours la mano de doña María y el trono de España.

Esto era ofrecer imposibles.

Así es que Luis Felipe rehusó, permitiendo solo á los refugiados españoles su completa libertad de accion.

—Trabajad, señores, y en cuanto á Fernando podeis colgarle si gustais: es el mayor pícaro que haya existido nunca.

Animados con esta neutralidad, los refugiados hicieron

una tentativa sobre España que no tuvo éxito (como puede recordarse); pero que bastó para asustar á la corte de Madrid, la que manifestó su adhesion al advenimiento al trono de la nueva dinastía.

El duque de Módena fué el único que se mantuvo fuerte, y que no reconoció á Luis Felipe.

Mientras esto pasaba, se esparció una noticia tan inesperada como sombría.

El 26 de Agosto de 1830, se halló colgado al príncipe de Borbon de la falleba de su ventana.

No consignamos aquí tan triste catástrofe para evocar el escándalo de una acusacion infame. Aunque declarada madama de Feucheres convicta del crimen, á pesar de que la ciencia y la ley la creian inocente, jamas, ni con las sombras de la sospecha, mancharémos nosotros á la familia real. Malditos los partidos que se valen de tales armas para herir á sus contrarios! Lo mismo que el Delfín al arrancar la espada de las manos del duque de Ragusa, se hieren á sí mismos, y ensangrientan sus propias manos.

Solo una prueba deplorable se encuentra en todo el proceso, y es la de que, por una herencia de sesenta millones, una noble y santa mujer como la reina, pudiera familiarizarse con una mujer como madama de Feucheres.

Infeliz el reinado que comprende el suicidio del duque de Borbon y el asesinato de madama de Praslin.

Pasemos rápidamente sobre estos acontecimientos y guardémos sobre todo de hacer responsable de la fortuna de que goza al jóven y noble héroe de la Smala.

Las miradas se volvieron fácilmente del castillo de Saint Leu vestido de duelo, hácia Bruselas que precisamente en el momento en que el príncipe tomaba la resolucion fatal de abandonar el mundo, tomaba ella la heroica resolucion de libertarse del yugo de la Holanda.

Bruselas, imitadora siempre de la Francia, tuvo su revolucion de Julio y su nueva dinastía; solo que en vez de te-

ner un rey belga, tuvo un rey anglo-aleman, pero que no por eso es peor rey.

Los trastornos de Bruselas se estendieron á toda la confederacion del Rhin: Aix-la-Chapelle, Colonia y Hamburgo se sublevaron: hasta en Viena, en la pacífica Viena, que, diez y ocho años mas tarde, debia oír proclamar la república, hubo su motin. La Polonia y la Italia llamaron á las armas, pero escepto en Bruselas, la revolucion se sofocó en todas partes.

Viena, Hamburgo, Colonia y Aix-la-Chapelle volvieron á su antiguo yugo: la Italia fué amarrada de nuevo al poste infame: la voz de la Polonia se ahogó con sangre y M. de Sebastiani fué á anunciar á la cámara que la *tranquilidad reinaba en Varsovia*.

—La tranquilidad del suplicio! exclamó uno.

Solo la Francia siguió febril y agitada; mas de una vez aun debia el volcan conmover al mundo antes de extinguirse.

En medio de tantas potencias destruidas, aristócratas y populares, y sobre cuyas ruinas se elevara el trono de Luis Felipe, una sola potencia, mezcla estraña de pueblo y de aristocracia, se habia mantenido firme; la de La Fayette.

El fantasma de la libertad vivía en él.

Investido con el grado de Comandante general de la guardia nacional del reino, La Fayette obraba en las milicias ciudadanas esa influencia que dá una antigua reputacion, un gran nombre, una lealdad á toda prueba, y mas que todo, ese prestigio que adquieren los hombres que han visto derribarse tantas cosas.

En efecto, La Fayette habia visto caer el trono de Luis XVI, que en vano trató de sostener, y habia ayudado á derribar los tronos de Napoleon y de Carlos X. No era esto todo: durante la Restauracion, La Fayette afiliado entre los Carbonarios, habia tomado parte en todas las conspiraciones militares: Colmar, Belort, La Rochela, habian oido pro-

nunciar su nombre en voz baja pues jamás fué pronunciado en alta voz. La Fayette era una fuerza que molestaba á Luis Felipe: habia ademas entre el rey ciudadano y aquella especie de dictador del pueblo una cierta promesa conocida bajo el nombre de programa del Hotel-de-Ville, la cual no podia abstenerse el rey de cumplir. Al mas pequeño desvio de los principios que le habian valido su elevacion, ya le parecia mirar aparecer á La Fayette aconsejándole y aun amenazándole casi. Esto le incomodaba horriblemente y resolvió el rey desembarazarse de La Fayette.

Colocado en condiciones semejantes á las que habian conducido á Octavio y á Enrique IV al trono, Luis Felipe tenia mucho de la astucia del primer César, y de la falsa honradez del fundador de la dinastía borbónica. El uno debia su trono á los oficiales del Emperador, y lo primero que hizo fué sacrificar á Antonio: el otro lo debió á los protestantes, y la primera cosa que hizo fué sacrificar á Biron: Luis Felipe lo debia á los republicanos, y su primer pensamiento fué el de sacrificar á La Fayette.

La ocasión se le presentó muy pronto: súpose una mañana que M. de Polignac habia sido arrestado en una miserable taberna de la ensenada de Granville, M. Peyronnet, denunciado por un antiguo funcionario, que á M. M. de Chantelauze y de Guernon—Ranville se les habia detenido en Tours, y en fin que todos cuatro acababan de ser trasportados á Vincennes.

Era la segunda vez que M. de Polignac estaba prisionero en este mismo castillo, abierto para él por vez primera á consecuencia de la conspiracion de Jorge Cadoudal.

Grande fué la emocion que causó este arresto, arresto que embarazaba bastante en sus primeros pasos á esta monarquía naciente. ¿Iba á desmentir su origen no participando de la cólera del pueblo contra los que firmaron las ordenanzas? ¿Iba, desde sus principios, á usar de rigor y á esponerse á resbalar en sangre?

Nombráronse tres comisionados para interrogar á los ministros: M. Berénger (es necesario no confundirle con el poeta) retirado ya á la vida oscura, de la que no debia salir sino para atacar con sus canciones al rey que él habia hecho, M. Madier de Montjau y M. Manguin.

---

## CAPÍTULO XLIX.

---

**A**L saber el arresto de los cuatro ministros, los otros tres M. M. de Montbel, Capvelle y d' Haussez lograron esconderse sin que se pudiera dar con ellos. El aspecto de aquellos era tan diferente que nadie hubiera creído á primera vista que estaban detenidos por una misma causa y que representaban el mismo principio.

M. de Polignac estaba sereno y casi alegre: miraba su arresto como una gracia de muy mal gusto que debia concluir de un dia á otro: no comprendia la responsabilidad del ministro del momento en que se habian vengado del rey. La inviolabilidad real, debia, segun él, resguardar á la responsabilidad ministerial.

En cuanto á M. de Peyronnet, su actitud indicaba mas insolencia que calma, mas terquedad que conviccion. Todo lo debo al rey—decia—y el rey tenia derecho para disponer de mí á su antojo. Me ordenó firmase las ordenanzas